

paradoja, ni se funda en una simple suposicion, sino que lo demostraron clara y flagrantemente los hechos.

El ejército francés suspendió sus ataques y asaltos, no porque este pensamiento estuviera en su plan militar, sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendía cuando era rechazado en distintas direcciones, cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus más aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descalabro.

Por lo mismo ya no di crédito á las noticias que se me daban, muchas de ellas procedentes del campo francés, y muy especialmente á las que tenían relacion al 5 de Mayo, dia en que se me aseguraba, que tendria que sufrir la plaza un asalto general; porque los invasores querían borrar con hechos inauditos y temerarios, el recuerdo de la jornada gloriosa que tuvo lugar el mismo dia, en el año de 1862.

El enemigo, pues, se limitó á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde los puntos en que se hallaba parapetado, sin intentar nuevos y serios ataques, ni mucho ménos asaltos vigorosos, como los que diera y había sostenido la plaza: y si esto honra á los generales franceses, ante la razon y la filosofia, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener salvando á su ejército y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército, sino un pueblo el que defendía, dentro y fuera de los murallas de Zaragoza, la autonomia de su patria, su honor y sus derechos; un pueblo que se había resuelto á sacrificarlo todo ántes que permitir que sufrieran en lo más mínimo alguno de aquellos caros objetos, que son los que forman la vida moral y política de una nacion libre.

Tanto más honroso es esto para México, señor Ministro, cuanto que el ejército francés retrocedió, no tanto por el estrago de nuestros proyectiles, cuanto porque se creyó impotente para destruir y dominar el pensamiento, que había hecho tomar la resolucion fria é incontrastable, que he dicho, en los defensores de Zaragoza.

Mi ayudante de campo, teniente coronel C. Juan Tognó, que fué el portador de mi comunicacion de fecha 7, tuvo una conferencia con el general Forey, provocada é iniciada por dicho general, quien le di j lo siguiente:

“Manifieste vd. al general Ortéga: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada y hasta cierto punto bárbara y reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en cenizas y escombros, por su tenacidad. Dígale vd. que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo general Ortega y la guarnicion, nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, segun la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulacion honrosa, capitulacion que yo concederé al general Ortega y á la guarnicion que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígale por último, que es necesario poner término á esta cuestion desastrosa, y que esto pende en mucha parte de su mano; que se haga Presidente de la República de México, y la cuestion ha concluido; que convenga en que se hagan nuevas elecciones de Magistrado Supremo de la Nacion, y la cuestion concluye tambien; y que si para llevar á cabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército francés: si no admite estas proposiciones, manifiéstele vd., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia y para México, pues yo creo que el general Ortega nada me propondría que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, y si ni esto admite, que se preste al ménos á una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale.”

Hubo algunas otras explicaciones entre ambos de ménos importancia, no olvidándose entre ellas el general Forey de decirle á mi ayudante: “Yo de todas maneras tomaré la plaza, aunque tenga que estarme al frente de sus muros por un tiempo indefinido, porque la Francia es tenaz y constante en sus empresas, y yo soy el eco fiel de los sentimientos de ella, y más cuando sé por algunas familias que han salido de la plaza, que ya sus defensores se hallan sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que había en la poblacion de propiedad particular. Así es, que nada importa que la plaza se rinda en toda la próxima estacion de aguas, porque una vez

rendida procuraré consolidarme en ella y marchar sobre México hasta el próximo invierno."

Á mi ayudante sólo le dije en contestacion á lo expuesto, para que así lo manifestara al general Forey: que le agradecía muchísimo el alto concepto que tenía de mi humilde persona, así como el justo y merecido elogio que hiciera de la guarnicion de la plaza; pero que importando sus proposiciones una intervencion de la Francia en la política de México, ó que me convirtiera yo en un usurpador, no podía acceder á ellas; y que no me prestaba á la conferencia, porque la creía inútil, en atencion á no tener yo ninguna clase de poderes legítimos para intervenir en las cuestiones políticas y diplomáticas de mi país.

En las líneas que defendían los generales Llave, Berriozábal, Díaz y Auza, se habían concluido algunas galerías subterráneas, para hacer volar por medio de minas, los edificios ocupados por el enemigo. Estos trabajos se habían hecho bajo la inspeccion de los mismos generales y direccion de los ingenieros, para cuya operacion proporcioné oportunamente zapadores de Guanajuato y Zacatecas, que eran los más hábiles y acostumbrados á esa clase de obras.

Aunque repetidas veces se me dijo por los citados generales, que estaban concluidas las galerías y que sólo faltaba cargar las minas para obtener el resultado que nos habíamos prometido de aquellos trabajos, no me fué posible proporcionar la pólvora que se necesitaba, porque había concluido la que teníamos, y no creí conveniente desbaratar los pocos tiros de cañon que quedaban en nuestros polvorines, único elemento con que contábamos ya para prolongar la defensa de la plaza. Así se los manifesté reservadamente á dichos generales.

Las minas, pues, no llegaron á cargarse por falta de pólvora, y preparadas las galerías, como lo estaban, las ocupó el enemigo al rendirse la plaza.

El día 8 por la mañana se me dió parte, que se notaba un fuerte y nutrido fuego por San Lorenzo.

Dí en el acto las órdenes que en los días anteriores, dejé la columna de reserva que mandaba el general Negrete en la plaza de San José y calles inmediatas, con la orden expresa de hacer un mo-

vimiento rápido de la plaza hácia el punto que se le dijera, y me trasladé en seguida al cerro de Loreto para inspeccionar lo que pasaba y dar las órdenes correspondientes.

Cuando llegué á aquel fuerte, los fuegos habían cesado del todo, y con el auxilio de los lentes sólo pude observar algunas columnas que se hallaban tendidas sobre las cimas de las lomas de San Lorenzo, sin poder distinguir si aquellas columnas estaban formadas de nuestras tropas, ó de las invasoras.

El general Comonfort no sólo no me había dicho, pero ni aún indicado que tendría que hacer movimiento alguno por San Lorenzo.

No hallaba, pues, cómo explicarme el fuego que se había notado por aquel punto, y la situacion de las columnas sobre las lomas. Para salir de aquella fatal incertidumbre, dispuse que el referido fuerte de Loreto rompiera sus fuegos sobre el Ocre, que era un punto fortificado y de los más avanzados del enemigo, y mandé á uno de mis ayudantes con la orden para que hiciera lo mismo el fuerte de Santa Anita, á fin de indicar por este medio á las columnas que he mencionado, caso que fueran nuestras, que la plaza estaba lista para proteger sus movimientos en el acto mismo que se observara que eran hácia la plaza.

Estas órdenes tuvieron su verificativo, y no obstante los fuegos de nuestra línea, las columnas permanecieron en quietud en los respectivos puntos que ocupaban.

Nada, pues, había aventajado por aquel medio. La incertidumbre continuaba por nuestra parte.

Algunas de las personas que se habían hallado durante la noche en el fuerte, y que pudieron hacer más observaciones que yo con el auxilio de las primeras luces de la mañana de ese día, me aseguraron: que las fuerzas situadas en las lomas de San Lorenzo pertenecían al Cuerpo de ejército del Centro, fundando su aseveracion, en los movimientos que habían podido notar de unas y otras tropas, en las horas en que se oyera el tiroteo.

El general Mendoza me hizo la siguiente y juiciosa observacion: "El general Comonfort conoce perfectamente el terreno, y conoce también todas las ingeniosas astucias de la estrategia: entiendo por lo mismo, que ha querido llamar la atencion del enemigo con

fuertes columnas por el rumbo de San Lorenzo, para dejar débil la línea de San Pablo del Monte, é introducir por este punto el convoy. Con tanta más razon opino de esta manera, cuanto que el mismo general Comonfort no le ha indicado á vd. que hará movimiento alguno por San Lorenzo.”

En atencion á todo lo expuesto, dispuse que la fuerza, que debía proteger las operaciones del Cuerpo de ejército del Centro, estuviera preparada durante el dia y la noche para moverse á la hora que se le ordenara.

El 9 continuó ignorándose en la plaza la desgraciada jornada del dia 8, hasta las últimas horas de la tarde de ese mismo dia, en que por conducto de un parlamentario del ejército francés, recibí la nota que inserto en seguida:

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general en jefe. —Núm. 2,114.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Señor general en jefe.—La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del Sr. general Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habeis elegido este punto, que supongo que os conviene más que cualquier otro, y miéntras no me indiqueis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

“Con el fin de que V. E. no sea engañado (sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo), por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera más escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

“Han caido tambien en nuestro poder ocho piezas de artillería de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de gutas, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

“Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

Recibid, señor general en jefe, la seguridad de mi alta consideracion. El general de division, senador y general en jefe del Cuerpo expedicionario de México.—Forey.—A S. E. el general Ortega, en jefe del ejército de Oriente.—Puebla.”

La precedente nota la dejé contestada con la que inserto á continuacion, y que intencionalmente no quise escribir ni mandar al campo francés, sino hasta el dia 13, cuya fecha es la que lleva:

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Señor general en jefe.—Tengo la honra de acusar recibo á V. E. de su comunicacion de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convencion del dia 4 de este mes, y ademas quince soldados heridos que pertenecen al ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalescencia.

“Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el dia 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

“Buenas y laudables, señor general, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo tambien me permito decir á V. E., consultando sólo de una manera fria y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nacion toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, ménos por perder su independenciam ó mancillar su honor, y esto último es nada ménos lo que importa el que México admitiera la intervencion de una nacion extranjera en los negocios de su política interior.

“Veó en la comunicacion de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestacion que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano: que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nacion, no es tanto que pueda sobreponerse á la opinion de un pueblo que ha protestado con sangre ser independiente y libre.

Sírvase V. E., señor general en jefe, admitir las protestas de mi más alta consideracion.—El general en jefe del ejército mexicano de Oriente.—*Ortega*.—A S. E. el señor general Forey, en jefe del ejército expedicionario en México.”

Por los prisioneros que me remitió el general Forey, me impuse pormenorizadamente del descalabro sufrido por una de las divisiones del Cuerpo de ejército del Centro.

Esta noticia, que ni podía ni quise ocultar á la plaza, no enfrió en lo más mínimo el ardor bélico de sus defensores, aunque sí me trajo nuevas dificultades.

Los generales Berriozábal, Negrete, Antillon, Alatorre y Llave se reunieron en su casa particular la noche de ese dia, y á las tres de la misma noche recibí una comunicacion suscrita por los cinco, en la que me repetían algunos de los argumentos de que ya he hecho mencion: diciéndome ademas, que hasta ese dia habían conservado la disciplina de sus respectivas divisiones; que estando tambien yo convencido de que la plaza debía perderse, no comprendían por qué continuaba insistiendo en defenderla; que me repetían lo que ya me habían manifestado otra vez, para eximirse de la responsabilidad que tenían ante la nacion; y concluían diciéndome, que no estaban por celebrar capitulacion alguna con el ejército francés.

Lo inusitado de la hora en que recibí aquella comunicacion, me hizo no contestarla en el acto, difiriendo hacerlo para el dia siguiente.

A las primeras horas de la mañana del dia 10 se me presentó el

general Pinzon, quien me dijo estas palabras: “Mi general, me acaban de decir que se piensa hacer una capitulacion; tenga vd. la bondad de decirme, si se puede, lo que haya de cierto ó falso en esa especie alarmante.”

A la precedente pregunta contesté con toda vehemencia y calor: que la plaza no capitularia jamas, y que por mi parte, ni propondría ni admitiria algo que disminuyera, bajo algun aspecto, la honra y buen nombre de México.

Lleno de indignacion porque se vertían frases, sin razon y motivo alguno, para introducir la duda y el desaliento en los defensores de la plaza, me despedí violentamente del general á quien dirigía la palabra, y dando la vuelta me introduje á la habitacion del Cuartel—Maestre, en la que reconvine fuertemente á los generales Berriozábal y Llave, por las especies que se vertían en el público y que acababa de trasmitirme el general Pinzon, cuyas especies no podían tener por origen, sino la junta que habían celebrado la noche precedente, sin acuerdo y permiso del cuartel general.

Los referidos generales me contestaron, llevando el eco de sus palabras, el acento del patriotismo y de la verdad: que la junta había tenido lugar en las altas horas de la noche, y que la habían celebrado con todas las precauciones posibles, tanto para no causar con ella un escándalo, como y principalmente, para que no se evaporara ni una sola de las frases que se vertieran en ella, y que por lo mismo no podían ser responsables de las especies que corrieran en el público, cuya responsabilidad pesaría mejor sobre alguno de mis ayudantes.

Dije despues á los citados generales: que sentía muchísimo que me hubieran dirigido la comunicacion de que he hecho referencia; pero que, puesto que habían querido dejar consignados en una pieza oficial los hechos y argumentos contenidos en ella, iba á ocuparme en el acto de contestarla.

Les dije tambien: que el dia 2 de ese mismo mes, estaba señalado para romper el sitio, y cuáles habían sido las razones que se habían interpuesto para no verificar la salida; y que en atencion á que había fracasado ya el proyecto de la introduccion de víveres, iba á tomar las disposiciones correspondientes para romper el cerco; pero

que ese paso debía darlo sin precipitación alguna, y con toda la calma que requería la gravedad del negocio que teníamos entre manos.

Lo expuesto, según recuerdo, lo presenciaron los generales Mendoza, Mejía, Paz, Prieto y García, aunque no estoy cierto enteramente de que hayan estado presentes dos de los generales mencionados.

Contesté algunas horas después la nota citada, renovando los argumentos que hice valer en la conferencia habida antes de los sucesos del 25 de Abril; repitiendo también, que yo, ni proponería, ni admitiría capitulación alguna, ni pensaba, ni había pensado jamás en la tal capitulación. Les manifestaba que aunque tenía la conciencia de que la plaza debía perderse, la tenía también de que había obtenido ya una victoria con sólo la prolongación de la defensa, y que de esta manera era cómo se explicaba la constancia que había tenido en defenderla y en no abandonarla, pues que los mismos señores generales sabían que en los sitios modernos, las plazas de primer orden sucumbían casi siempre antes de los treinta y uno á cuarenta días; y concluía recordándoles sus deberes como soldados y muy especialmente los compromisos que se habían contraído en la junta habida en Palacio antes de dar principio al asedio de la plaza. No me olvidé de decirles: que ni uno sólo de los generales, jefes, oficiales y soldados del Cuerpo de ejército de Oriente, me habían indicado como conveniente la salida y abandono de la plaza, á excepción de los generales de que he hecho mención.

Después de escrita esta nota, creí que no era político ni oportuno entregarla, porque con ella no conseguiría otra cosa que agriar los ánimos entrando en contestaciones ó controversias ajenas de mi posición militar, é incompatibles con la situación en que se hallaba la ciudad, la que exigía de mi parte toda la prudencia y toda la energía que fuera posible.

Por esto, pues, no entregué la nota que he citado, reservándome hacerlo cuando fuera más oportuno. Lo que no llegó á tener verificativo por los sucesos que después tuvieron lugar.

Escribí de nuevo al general Comonfort, diciéndole: que en atención á que no había podido realizarse la introducción de víveres, iba á romper el cerco el día 14, y que esperaba, que el Cuerpo de ejér-

cito del Centro llamara simplemente la atención del enemigo, haciendo un movimiento hácia el pueblo de Ocotlan. Le decía también: que me diera aviso de la recepción de mi carta, por medio de una seña que debía colocar sobre la cúspide de determinado cerro.

A los generales que mandaban divisiones les repetí la orden de los días precedentes. Al comandante general de artillería le previne: que sólo alistara treinta piezas, y no setenta como se lo había ordenado la vez anterior: porque creí que para el día 14 apenas quedaría la dotación absolutamente indispensable para el citado número de treinta piezas, manifestándole que para que se verificara el rompimiento del resto de nuestra artillería con toda la precaución posible, cuando fuera conveniente, yo mismo en persona y dos de mis ayudantes lo acompañaríamos en los trabajos que requería aquella operación.

Al general Cuartel-Maestre le ordené: que se ocupara preferentemente, de formular el plan que debía servir para romper el cerco y salir de la plaza el Cuerpo de ejército de Oriente.

Al siguiente día me presentó dicho señor los puntos generales que iban á servir de base para la formación del plan mencionado; y no estando yo de conformidad con todos ellos, le hice algunas observaciones, para que las tuviera presentes al redactar y formar aquel documento.

Los ataques del enemigo debilitados notablemente por los sucesos del 25 de Abril, comenzaron de nuevo de una manera ruda y vigorosa, si bien esos ataques sólo tenían por objeto concluir el cerco y obras de contravalación á la plaza, hostilizándola fuerte y tenazmente, mas no abrir nuevas brechas ni intentar nuevos asaltos.

Los combates comenzaron también de nuevo fuera de las murallas, teniendo para ello que hacer repetidas salidas, durante la noche, las fuerzas que se hallaban á las órdenes del general Patoni, pertenecientes á los Estados de Durango y Chihuahua y que defendían el fuerte de Ingenieros, las que mandaba el general Pinzon correspondientes al Estado de Guerrero y que guarnecían el fuerte de Zaragoza, y las que obedecían al ciudadano coronel Joaquin Sánchez-Roman correspondientes al Estado de Zacatecas y que custodiaban el fuerte del Carmen.